



ISSN 1692-0945

Revista electrónica de Psicología Social  
FUNLAM

## UN VERDUGO SILENCIOSO PARA LA CONSTITUCIÓN: CUANDO LA MUJER SE VUELVE A SÍ MISMA OBJETO DEL CASTIGO

**María Paulina Mejía Correa**

Profesora Facultad de Educación. Universidad de Antioquia  
Septiembre de 2010

*“Quizá como las nubes,  
tal vez como el reflejo que se desliza siempre por la arena,  
busco a tientas en mi bloque de sombras la escultura,  
la coincidencia exacta con la imagen  
que me impone el modelo.”*  
Olga Orozco

Son notables los avances a nivel cultural en lo que se refiere a leyes que sancionan los actos de violencia dirigidos a las mujeres. También son muy visibles las transformaciones sociales que hacen posible para la mujer el poder elegir más allá de lo que se consideraba su único destino en la existencia: la maternidad. Sin embargo, aún se escucha en las mujeres un padecimiento que no es causado por ningún agente externo, pero que igual produce un alto nivel de sufrimiento. Es un padecimiento psíquico inexistente en la lógica jurídica, pero tan nefasto en sus consecuencias como la violencia social.

Dicho padecimiento encuentra como una de sus principales causas la presencia psíquica de una especie de verdugo incesante, aparentemente moral y cuerdo que se le ha llamado, entre otras, “la voz de la conciencia”. Esa es una de sus manifestaciones, la voz articulada a juicios, acusaciones, amenazas y mandatos. En tal sentido a nivel gramatical reposa en frases como: “tu debes, tu no debes, eres lo peor”.

Este verdugo se vale de las más nobles causas, así como de los más crueles juicios. El soporte de su accionar son los ideales sociales, lo que le permite operar bajo la fachada de un benefactor para el sujeto. Ello quiere decir que su misión consiste en estar comparando al sujeto con los deber ser que este ha incorporado durante toda su vida, así como con los que la sociedad todo el tiempo está haciendo circular de diferentes formas. Es preciso anotar que la característica fundamental del ideal, es su equivalencia con la perfección, con la ausencia de falla. Por lo tanto, este verdugo psíquico se aprovecha de ello para exigirle al sujeto la perfección.

Hasta aquí se podría pensar que este personaje del que hablamos es muy noble y bondadoso porque quiere para la persona lo mejor. Sin embargo, cuando se desentraña su lógica, se descubre de qué manera favorece en los sujetos una voluntad de sufrimiento que no cesa. ¿Por qué? Porque es imposible ser el ideal, es imposible ser perfecto, pues, si algo caracteriza a los seres humanos es la falta, ese motor que alienta el deseo y la posibilidad de la creación.

Entonces, ¿qué hace esa figura intrapsíquica con esa imposibilidad de ser perfectos? Enjuiciar al sujeto, descalificarlo y desautorizarlo. Este es el punto problemático de su funcionamiento, pues el siempre tendrá motivos para hacer severos juicios. Lo extraño, lo escaso y lo menos habitual es que las personas hagan de sus imperfecciones una razón para seguir, para soñar y para desear. Y eso tan escaso es lo que el psicoanálisis propone como lo posible a conquistar en un tratamiento, como la vía posible para restarle poder a ese verdugo que ha llamado el superyó. Especie de tirano intrapsíquico que sólo quiere del yo su obediencia y sometimiento. Y que, precisamente, por servirse de los ideales sociales, se le ha confundido con la instancia más noble y elevada del ser.

Existen múltiples formas como podemos tener noticia de su presencia. Me voy a referir a casos específicos que el trabajo con mujeres me ha revelado.

Una de esas formas como el superyó se manifiesta es por medio de la gran inhibición que presentan algunas mujeres en el hacer, e incluso en la

posibilidad de dar sus opiniones por el temor a la crítica y a la burla que proviene del otro. Cuando se busca el origen de este miedo se encuentra que ella está proyectando sobre el semejante esa figura psíquica tan cruel. Es decir, la mujer supone que el otro la criticará con la misma severidad que ella lo hace ¿Qué quiere decir esto? Quiere decir que algunas personas, incluso mucho antes de que el otro la critique, ya se ha descalificado, ya ha realizado un juicio muy crítico y severo sobre sí, juicio que siempre la deja sin lugar y sin valor. Ello se manifiesta en frases que la misma persona se dice como: “es que yo no soy capas”, “yo no se tanto”, “es mejor que lo haga otro que sepa”. Y, a su vez, alimentan ideas como “es que los otros se van a burlar, se van a reír, no les va a gustar”. Se podría decir que en este punto el superyó, además de ser una voz, se convierte en una *mirada* que proviene del otro y que paraliza. Hay muchas personas que no soportan las miradas, pues le endosan un poder terrorífico que las hace sufrir.

Frente a este tipo de situaciones la experiencia que pueda tener el sujeto con relación a un saber hacer, parece no servir de apoyo, como tampoco los logros del pasado. Todo parece relativizarse frente a estas frases monótonas que hacen su aparición cada vez que el sujeto va a emprender un proyecto importante para su vida. Esta situación pone en entredicho la creencia según la cual “la práctica hace al maestro”. Lo que se evidencia es que mientras perduren esos significantes que definen al ser como lo peor y lo de menos valor, la angustia y la desautorización persisten.

Como puede observarse es el mismo sujeto el que tiene la creencia interna según la cual no vale lo suficiente, no puede y no es capaz de realizar ciertas actividades. En otras palabras, la persona se desautoriza y, en consecuencia, teme que el otro, a su vez, haga lo mismo. Y ese tipo de juicios proceden precisamente de esa instancia psíquica a la que se hizo alusión, llamada el superyó.

Es bien paradójico su modo de operar, de un lado exige la perfección, no dejar ni un hilo suelto; pero, de otro lado le repite al sujeto esas frases que lo paralizan y petrifican en su hacer. Entonces la persona no parece tener escapatoria, pues nunca estará a la altura de la perfección que se exige, razón por la cual siempre tendrá motivos para reprochar su ser y quehacer.

Anudada a esta creencia convertida en una voz intrapsíquica, se encuentra en muchas mujeres la idea según la cual hay personas que si son portadoras de gran valor, sujetos que por reunir una serie de condiciones se les supone sin falta y, por lo tanto, autorizados para participar. Es como si el mundo estuviera para ellas dividido en dos grupos: quienes no están en falta y quienes están en falta. Lo ideal, entonces, es ser completa. Por tanto, la incompletud manifestada en creencias como el no saberlo todo, las desautoriza en la participación. Alguna mujer decía: “la sola idea de que otra persona es capaz de hacer las cosas mejor que yo me paraliza”; o “me da miedo hablar delante de personas a quienes yo les supongo un saber”. Esto, lógicamente, tiene consecuencias en la participación social, en la relación con el saber, como estudiantes, y en fin, con cualquier proyecto personal que se emprenda.

Entonces, es evidente que esa creencia interna de no tener valor reduce e inhibe al sujeto. Y esa creencia se acompaña, como ya lo dijimos, de una voz intrapsíquica que le exige a algunas mujeres la perfección como condición para la participación, exigencia imposible para todo ser humano.

Otro de los modos como se manifiesta ese verdugo en muchas mujeres, consiste en una sobrevaloración del deber a expensas del deseo. Ello quiere decir que en primer lugar siempre estará la exigencia de cumplir con todo lo emprendido de una manera perfecta y, en tanto, la satisfacción del deseo debe esperar. Son aquellas mujeres perfectas trabajadoras tanto en el ámbito laboral como en el doméstico. Ellas funcionan bajo el imperativo superyoico de que todo debe quedar perfecto y en orden. Si ello no ocurre aparece un profundo malestar. Uno podría pensar que si todo está perfecto entonces estarán felices, pero no, se quejan del cansancio y la sensación de que algo les quedó faltando. Por lo tanto, son mujeres atrapadas en el deber ser y con la posibilidad del placer subordinado por completo. En esta situación nos encontramos nuevamente con los estragos que hace el superyó valiéndose de los ideales.

También nos encontramos otra forma bajo la cual opera el superyó. Esta forma utiliza un valor que se le ha atribuido a las mujeres sobre todo en nuestra cultura: el sacrificio. Este consiste en la capacidad de postergar el

propio placer y priorizar el de los otros. A ello puede contribuir la idea inconsciente según la cual tener un lugar para el otro tiene un alto costo. Se encuentra cómo estas personas han recubierto su ser con significantes que las degradan, y construyen como el único modo de neutralizar esas huellas la vía de satisfacer por completo al otro para poder ser amada, significada y valorada.

Pero bien, ¿qué colabora para que en tantas mujeres se instale con tanta fuerza ese verdugo que tortura de un modo tan sutil e insistente?

Se podrían señalar tres causas. Una de ellas, de la cual no nos ocuparemos hoy, tiene que ver con las particularidades de la estructura psíquica. Es decir, no es lo mismo el modo como opera el superyó en una mujer psicótica que en una mujer neurótica. La segunda causa, tiene que ver con algo que podemos llamar *la incertidumbre del ser*. ¿Qué quiere decir esto? Que en el plano de lo humano se nace con un organismo de macho o de hembra, pero ello no nos da la identidad sexual. La identidad sexual se construye relativamente gracias a los intercambios humanos. Es decir, esta es una construcción significativa, es un fenómeno de lenguaje. Es por ello que en cada época de la historia podemos encontrar diversas definiciones de lo que significa ser una mujer y lo que significa ser un hombre. Y si nos detenemos exclusivamente en el terreno del ser sexual, es decir de la capacidad de despertar el deseo del otro las cosas se complican. ¿Por qué? Porque los hombres cuentan con un signo que se configura como el soporte de su virilidad: la erección. Si este signo falta, su masculinidad quedará puesta en entredicho. Sin embargo, las mujeres no cuentan con un signo, y ello introduce una incertidumbre y un enigma con relación a lo que significa ser una mujer. Quizás por ello se utilice todo el cuerpo como signo a través del embellecimiento; sin embargo esto tampoco libera a la mujer de la pregunta por el qué significa ser una mujer. Algunas construyen la idea según la cual ser madres es el signo que sella el enigma; para otras, por el contrario, esto no resuelve nada.

Entonces, es posible que esa incertidumbre con relación a lo que significa ser una mujer sea lo que haga tan proclives a las mujeres para

adherirse a los ideales sociales, a dejarse guiar por el deseo del otro y a ser una excelente carnada para el superyó.

La tercera causa tiene que ver con lo que se le transmite al sujeto con relación a lo que es y el valor que tiene para los representantes de la cultura; representantes que pueden ser los progenitores, los medios de comunicación, el discurso escolar, entre otras.

Ya dijimos que el ser humano, se constituye a partir de los significantes que le viene del otro. Estos significantes definen su ser y su deber ser. En tal sentido las representaciones son ese intento en el ser humano por hacerse a un ser, representaciones que no siempre son las mejores. Hemos constatado que pueden promover una absoluta subvaloración. Y, a su vez, pueden ser representaciones que trazan horizontes para llegar a ser y así tener un lugar social. A las mujeres en particular se les traza rutas distintas a las de los hombres, es decir se les proponen ideales sociales como promesas para hacerse a un ser.

En muchas ocasiones esos primeros encuentros con el otro dejan unas huellas que favorecen la subvaloración de las mujeres; favorece en ellas un menos. Y si lo que exacerba en cierto sentido la tiranía de esa instancia psíquica es la subvaloración, es ese sentirse “menos”, ello nos puede explicar porque se instala esa lógica tan tirana en algunas mujeres.

Por lo tanto, la tiranía del superyó la podemos explicar entre otras por la naturaleza incierta del ser que favorece el imperio de los ideales, y por las huellas psíquicas que dejan esos primeros significantes que provienen del otro.

Decir entonces, como lo afirmaba la constitución de 1889, que las mujeres no tiene moral, es algo que contradice de manera dramática la realidad. Se puede decir, por el contrario, que hay un exceso de moral, una exigencia hacia si misma tan elevada que termina empañando cualquier conquista en el terreno de social y de los derechos.

En síntesis, existe otra forma de violencia no tan ruidosa, no contemplada en ningún código penal, una violencia que desgasta al sujeto, lo hace sufrir y le impide la alegría que genera el estar realizando los proyectos personales y colectivos que se desean. Esta violencia tiene que ver con unos significantes que el sujeto adhiere a su ser, y una instancia intrapsíquica que lo tiraniza por no ser perfecto y, en consecuencia, le recuerda que es eso que le resta valor y lo desautoriza.

¿Cómo contribuir, entonces a la transformación de esa dinámica psíquica? Ya hemos hablado de qué manera la proliferación de los ideales puede contribuir al sufrimiento. No se trata entonces de proponer nuevos modelos. Quizás la vía consista en potenciar el deseo y el placer, por sobre el imperativo categórico del deber ser.

Quiero concluir el poema del epígrafe, escrito por una mujer que parece tener noticia de la tiranía de esa amo intrapsíquico, que no se deja regular por la constitución y las leyes ciudadanas:

**“Esbozos frente a un modelo”**

Quizá como las nubes,  
tal vez como el reflejo que se desliza siempre por la arena,  
busco a tientas en mi bloque de sombras la escultura,  
la coincidencia exacta con la imagen que me impone el modelo.  
Es un amo implacable que me arrebató el soplo y oprime mi armazón.  
Vigila desde mis hombros cada paso y no admite desvíos:  
ni los senderos de otro edén, ni el vuelo de los santos, ni la fuga de Elías.  
Nuestro pacto es de roca;  
en tiránica roca debe ser estampada la copia de la ley,  
y mi sustancia es dócil pero incierta,  
más errónea que un pájaro atraído por el cristal nocturno,  
que un despertar en sueños en medio de otro sueño.  
Se desmorona y se alza en fantasmales remolinos a medida que avanzo;  
se filtra hasta el subsuelo persiguiendo una engañosa huella en el tapiz;  
se arroja deslumbrada contra un haz de luz dura donde se pulveriza la cabeza.  
A veces se condensa en ídolos aviesos o en blancas estatuarias de otra edad.  
A veces es un cuenco,  
nada más que un humilde y desolado cuenco debajo de la lluvia,  
a la espera de que se precipite la visión o lo sepulte el rayo.  
Cuando logro una mano, pierdo un pie;  
cuando alcanzo el contorno el resto se disgrega en vana orografía.  
No consigo jamás la semejanza desde mi corazón hasta mis labios,  
menos feliz que Adán,  
o que ciertos guijarros que perpetúan escenas memorables por las playas,  
o los protagonistas de una fábula oscura dictada por las fauces del oráculo.  
He llegado a pensar que mi modelo es imposible y cruel,  
que cambia de figura y de color cuando lo rozo apenas con un gesto,  
apenas con un trazo.  
Pero debo seguir obedeciendo hasta el final de su inhumano mandato,  
yo, el espejo escaso,  
la bruma acumulada en el umbral,

la pregunta que no acierta jamás a revelar la esfinge y la respuesta.  
Acaso mi destino sea como el del sello irreversible que dejan las nostalgias:  
la huella no colmada,  
el destino de ser por algo que no soy.

#### **BIBLIOGRAFIA**

FREUD, Sigmund, El yo y el ello (1979), en: Obras completas, tomo 19 (1923), Buenos Aires, Amorrortu editores.

-----, Introducción al narcisismo, (1979), en: Obras completas, tomo 14, (1914), Buenos Aires, Amorrortu editores.

LACAN, Jacques, 1981, Seminario Aún, (1972-1973), Barcelona, Paidós.

MEJIA C, María Paulina, 2005, Las mujeres y el superyó, Medellín, Editorial Universidad de Antioquia.

OROZCO, Olga, 1976, Museo Salvaje, Buenos Aires, Editorial Losada.